



Los típles de D. Bautista.

LA ANTORCHA MUSICAL PASO POR SUS MANOS

Por Puri GUTIERREZ

*Gracias a todos los renterianos
que han amado la música y la
han mantenido encendida para
que otros, después, puedan dis-
frutar de su belleza.*

Cuando unos renterianos nos encontramos lejos del pueblo, casi siempre acabamos hablando de él. Hace unos días estuve tomando café en casa de Mari Carmen Obeso y Pedro Corostola, y nuestra charla fue como una película retrospectiva en la que surgieron multitud de renterianos que—en el aspecto musical—han dejado trocitos de su vida, de su ilusión, de su quehacer, impregnando el pueblo de una afición, de un entusiasmo por la música.

—¿Recuerdas a don Pedro Indaberea, aquel maestro de Zamalbide, duro como pocos a la hora de los coscorriones, pero que despertó a muchos la afición por la música? Según dicen algunos...

—A mí, quien me viene primero a la mente es Iraola. Era todo un señor. Había nacido en un caserío, lo que le da mayor mérito aún. Inquieto, formado, culto, sensible, con un conocimiento perfecto de la composición. Exigente con los alumnos, pero entusiasta al tiempo. Conmigo fue indulgente porque yo estudiaba el violonchelo y el oboe, y claro, el piano—que él me daba—era el tercer instrumento... Pero en todo momento me guió, me aconsejó, se inquietó. ¡Todo lo que puedas esperar de un profesor!

¡Y todo lo que hizo por Rentería! Como organista de la parroquia..., como director de la banda..., gran profesor del Conservatorio. Fue el padre espiritual tanto de Lavilla como de mi hermano y mío.

—¿Sabes que Lavilla está enfermo, que le acaba de pescar una hepatitis?—le digo.

—¡Lástima! Porque Félix Lavilla y su mujer, Teresa Berganza, están haciendo un carrerón. Eso es categoría aparte. Son concienzudos a más no poder. Sobre todo, Félix. Yo conozco más a Félix que a Teresa, pero conociéndolo a él todo el éxito de ella no me extraña nada. En un musicazo tremendo, un artista de los pies a la cabeza. Exigente consigo mismo. Y, para mí, son un dúo sensacional, ella con su voz y él al piano.



—¡Háblame también de su padre, Julián Lavilla.

—Yo estudié solfeo con él. Era un músico fabuloso. Yo estrené alguna de las obras que compuso. El himno al Touring es suya, y no su obra mejor. Ibamos a su clase todos los días unos veinticinco o treinta chavales, a las escuelas públicas. Recuerdo algunos que destacaban en aquellas clases. ¡Tú sabes qué bien solfeaba Eduardo Ubiría! Una maravilla. Era una delicia oírle cantar las lecciones de solfeo. Había otro. Pradere, no sé qué fue de él. Iñaki Goñi era otro de los solistas fantásticos...

—Iñaki ha continuado—le recuerdo—cantando y dirigiendo. En cambio Eduardo se metió en el Banco a hacer números y lo dejó. Gracias a que su hermano debe estar haciendo ahora una labor estupenda—según he oído decir—con los escolares.

—Bueno, tú sabes que Ignacio Ubiría es un gran guitarrista. No sé si todo el mundo lo sabe. Que dirige la banda, que toca en la orquesta, que enseña solfeo, toca el txistu..., pero Ubiría es un guitarrista de primera fila. Lo que pasa es que por azares diversos no se ha podido dedicar, pero podía haber sido un concertista de primera.

—Eso nos lo dijo Andrés Segovia—interviene Mari Carmen, que anda de aquí para allá con los niños, que están desdando salir de paseo.

—Yo les presenté a Segovia y a Ubiría. Conocí en Siena a Segovia y le hablé de Ubiría. Una vez que estuvo aquí en San Sebastián oyó tocar a Ubiría. En mí tuvo Ubiría una influencia tremenda. Cuando yo empecé en la orquesta me pusieron a su lado. Yo sabía que él había hecho una carrera fulgurante. Los cinco años de violonchelo, en un año, Ubiría tiene una habilidad musical enorme. En las vacaciones me daba clases. Recuerdo su obsesión por el solfeo, una obsesión que en cierto modo he heredado de él. Cuando estaba en el atril junto a él en la orquesta de San Sebastián se sulfuraba con

las faltas de solfeo que alguno hacía. Todo mi empeño era que no me cogiera nunca en falta. Y creo que llegué a dominar el solfeo. El ni sabrá esta influencia suya. Pero cada vez que he notado en una orquesta una falta... ¡siempre me acuerdo de Ubiría!

Otros compañeros eran Ignacio Lecuona, subdirector ahora de la Banda. Fuimos muy buenos amigos. Su padre también fue un músico estupendo. Un oboísta de solera. Murió en la guerra, el primer día. Otro que venía muy bien era Juanito Echeveste, el violinista, pero, ¡es tan difícil seguir adelante! Y Alfredo Rodríguez, el oboísta, secretario del Conservatorio ahora.

Del que no me puedo olvidar—ríe con ganas—es del hijo de una pescadora a la que llamaban la «Quincecéntimos». No sabía manera de meterle el solfeo. Un día, Lavilla le preguntó la primera lección: «¿Qué es música?», y en vez de contestar que «es el arte de combinar los sonidos y éstos con el tiempo», se quedó muy pensativo. Pasaba el tiempo y él meditando. Al fin se decidió:

—Música es..., música es... ¡Do!

O sea que ni estando rodeados de buenos aficionados y profesionales el contagio es seguro.

—¿Y tu hermano Patxi?

—El estudio con Félix Lavilla. Patxi tenía una gran facilidad para la música. Se aprendía las lecciones que yo daba de memoria. Cuando empezó con el solfeo, lo aprendía a tal velocidad que parecía también que era de memoria. Mi padre, entonces le hizo una prueba: leer la lección al revés del final al principio. Y se convenció de su enorme habilidad. Yo conozco a pocos que lean música a primera vista como él lo hace. Se le puede dar cualquier obra de piano y la toca instantáneamente. Es increíble.

—Patxi está en la Orquesta Nacional, ¿no?

—Sí. Y actúa de solista. Ya sabes que es también primer premio del Conservatorio de París.



Otros nombres han ido saliendo a salto de mata. Me temo que no hemos hablado de todos los que han sido y son verdaderamente importantes en el panorama local renteriano musical, ni de quienes han marchado por el mundo, embajadores del séptimo arte.

—¿Qué fue de Dorita Alquiza, aquella voz de oro que llegó hasta la Scala de Milán?

—Pues que en Milán se encontró con un periodista y se casó con él. Y adiós la canción. Tenía una voz preciosa y un gusto exquisito.

—¿Tuviste tú relación con don Juan Bautista Olai-zola?

—¡Cómo no! Hizo una labor fabulosa. Muchísimos cantores renterianos de hoy nacieron entonces a la música. Mi hermano y yo formamos parte del coro de tiples. Llegó a ser un coro precioso. También formé parte luego de un ochote, cuyo nombre se me ocurrió a mí, en homenaje a don Juan Bautista Olai-zola: el ochote «Jubaola».

—¿Quiénes formabais el ochote aquel?

—Iñaki Goñi y yo, de tenores primeros; Luis y Valeriano Arruabarrena, me parece, de segundos; Cipriano Elícegui —«Chipri», que murió tan joven—y Camacho estaban de barítonos; y bajos... José Antonio Aguirre y... se me escapa uno... ¡que no recuerdo!...

(Esto es lo que nos va a pasar, ¡qué pena!, nos vamos a olvidar de gente la mar de interesante. Además, ¡como hace tanto tiempo que estamos fuera...! Pero lo importante es lo que hicieron!)

—El, ochote «Jubaola», lo ensayaba Javier Olascoaga.

—Otro elemento interesante. ¡Háblame de él!, porque ha sido siempre un estusiasta tremendo de la música.

—Sí. Sobre todo de la música vocal. Metido siempre en todos los potajes vocales de Rentería. El mismo «Xey» fue un conjunto vocal del que él fue el iniciador. Aunque luego en una gira no pudiera ir él y su hermano continuó con el grupo, cosechando éxitos por América.

—De la Banda de música, ¿de quién te acuerdas?

Sobre todo de Zarranz, que fue subdirector cuando Iraola y más tarde director. Una bellísima, extraordinaria persona. Una de las cosas que más admiraba de Zarranz—aparte de lo musical—era la caligrafía que tenía. Cuando veía en los ensayos una copia de él, me quedaba mirándola como si fuera una obra de arte. ¡Qué manuscritos!

Ahora, al estar lejos del *txoko*, apenas sabemos cómo van las cosas por ahí. Aunque hay noticias que trascienden ampliamente por su importancia. Los éxitos del Orfeón Donostiarra, donde también los renterianos cuentan, como Basurto, por ejemplo. Las actuaciones del «Andra Mari», con un plantel de voces tan destacado; la realización de «Musikaste» y la personalidad del padre Ansorena.

Pedro me dice que al padre Ansorena lo conoce por sus resultados: precisamente por el «Andra Mari», por su entusiasmo por la música, por la extraordinaria idea de «Musikaste» —única en su género al organizar programas exclusivamente con músicos vascos—, pero que no ha tenido ocasión de tratarle apenas. Me cuenta, sin embargo, la forma en que le conoció:

—Fui a misa a los Capuchinos. Y ¡la única vez que se me ha ocurrido subir al coro! Tenía añoranzas. Toda la vida he estado en el coro... Oí el órgano y me llamó la atención el organista porque se salía de lo corriente. Introducía acordes que le daban cierta gracia a una canción muy conocida por mí. Me acerqué a felicitarle. Y nos presentamos. ¿Corostola? ¿Ansorena? Ambos habíamos oído hablar uno del otro, pero no nos conocíamos.

Así, en la conversación después del café, han ido saliendo nombres y sensaciones, esas sensaciones que muchas veces ni siquiera han sido apreñadas antes. Pero que han tenido un peso sobre nosotros. Son el sedimento dejado por la influencia de otros. ¡Tantas personas en Rentería que forman parte de la música porque han dejado en ella parte de sí mismos! Tantas personas, simplemente como un Antonehu Sáinz, que han mantenido vivo el entusiasmo porque son entusiastas en sí mismas. Y han creado, están creando, una sensibilidad en torno suyo... Hoy que la gente se aburre, no encuentra aliciente, quienes podemos disfrutar de un arte, gracias al virus que nos han contagiado otros paisanos podemos estarles agradecidos.